

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

4. Sodoma y Gomorra

Traducción de Consuelo Berges



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *À la recherche du temps perdu. 4. Sodome et Gomorrhe*

Primera edición: 1967
Tercera edición: 2011
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Martin Munkacsi: *Pareja tras una sombrilla* (1932)
© Ullstein / Cordon Press
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción: Fundación Consuelo Berges
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1967, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0000-0 (O. C.)
ISBN: 978-84-206-5361-7 (Tomo 4)
Depósito legal: B. 8.965-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

	Primera parte
11	Capítulo único
	Segunda parte
53	Capítulo primero
200	Las intermitencias del corazón
240	Capítulo segundo
493	Capítulo tercero
661	Capítulo cuarto

Primera parte

Capítulo único

Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de los habitantes de Sodoma que fueron perdonados por el fuego del cielo.

*La femme aura Gomorrhe
et l'homme aura Sodome*¹.

Alfred de Vigny

Mucho antes de hacer a los duques la visita que acabo de contar (el día de la fiesta de la princesa de Guermantes) estuve al cuidado de su regreso y, en la espera, hice un descubrimiento especialmente relacionado con monsieur de Charlus, pero tan importante en sí mismo que he ido aplazando su relato hasta ahora, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión que quería darle. Como dije, había dejado el maravilloso punto de vista, tan confortablemente dispuesto en el piso alto de la casa, desde donde se dominan las accidentadas cuestas que llevan hasta el hotel de Bréquigny y en las que el campanile rosa de la cochera perteneciente al marqués de Frécourt pone una alegre decoración a la italiana. Cuando yo creía que los duques estaban a punto de llegar, me parecía más práctico apostarme en la escalera. Echaba un poco de menos las alturas. Pero a aquella hora, que era la del almuerzo, la añoranza era menor,

1. «Para la mujer, Gomorra, y Sodoma para el hombre».

pues no hubiera visto, como por la mañana, los minúsculos personajes de cuadro en que la distancia convertía a los criados del hotel de Bréquigny subiendo lentamente la abrupta cuesta, con un plumero en la mano, entre las grandes placas de transparente mica que tan graciosamente se destacaban sobre los contrafuertes rojos. Ya que no la contemplación del geólogo, tenía yo por lo menos la del botánico y miraba por las ventanas de la escalera el pequeño arbusto de la duquesa y la planta preciosa expuestos en el patio con esa insistencia que se pone en hacer salir a los jóvenes casaderos, y me preguntaba si, por un azar providencial, vendría el improbable insecto a visitar al pistilo ofrecido y desdeñado. Como la curiosidad me fuera enardeciendo, bajé hasta la ventana de la planta baja, abierta también, con los postigos a medio cerrar. Oía muy bien a Jupien, que se disponía a salir y que no podía descubrirme detrás de mi cortina, sin moverme hasta que me eché a un lado bruscamente por miedo de que me viera monsieur de Charlus, el cual iba a visitar a madame de Villeparisis y, en aquel momento, atravesaba despacio el patio, barrigudo, envejecido por la luz del mediodía, agrisado el pelo. Había sido necesaria una indisposición de madame de Villeparisis (consecuencia de la enfermedad del marqués de Fierbois, con el que monsieur de Charlus estaba a matar) para que hiciese una visita, acaso por primera vez en su vida, a semejante hora. Pues con aquella singularidad de los Guermantes, que, en lugar de amoldarse ellos a la vida mundana, la adaptaban a sus costumbres personales (no mundanas, pensaban ellos, y dignas, por tanto, de que se humillara ante ellas esa cosa sin valor, la mundanidad –y, así, madame de Marsantes no tenía un día fijo para recibir, sino que recibía a sus amigas todas las mañanas de diez a doce–), el barón, dedicando ese tiem-

po a la lectura, a la búsqueda de viejos cachivaches, etc., no hacía jamás una visita sino entre las cuatro y las seis de la tarde. A las seis iba al Jockey o a pasear al Bois. Pasado un momento, hice otro movimiento de retroceso para que no me viera Jupien; se le acercaba la hora de ir al taller, de donde no volvía hasta la noche, y eso no siempre desde que, hacía una semana, se había ido con sus aprendizas a la casa de campo de una clienta para terminarle un vestido. Después, dándome cuenta de que no podía verme nadie, decidí no molestarme, por miedo de perder, si el milagro había de producirse, la llegada, casi imposible de esperar (a través de tantos obstáculos, de distancia, de avatares contrarios, de peligros), del insecto enviado desde tan lejos como embajador a la virgen que llevaba tanto tiempo esperando. Yo sabía que esta espera no era más pasiva que la de la flor macho, cuyos estambres se habían apartado espontáneamente para que el insecto pudiera recibirla mejor; de la misma manera, la flor hembra que estaba aquí, si el insecto venía arquearía coquetonamente sus «estilos», y para que la penetrara mejor, le haría imperceptiblemente, como una jovenzuela hipócrita pero ardiente, la mitad del camino. Las leyes del mundo vegetal están regidas a su vez por leyes cada vez más altas. Si para fecundar una flor se requiere generalmente la visita de un insecto, es decir, el transporte de una semilla de una flor por ella misma, como los matrimonios repetidos en una misma familia, determinaría la degeneración y la esterilidad, mientras que el crecimiento operado por los insectos da a las generaciones siguientes de la misma especie un vigor que no tuvieron sus mayores. Pero este impulso puede resultar excesivo, puede desarrollarse la especie desmesuradamente; entonces, como una antitoxina defiende de la enfermedad, como el tiroides detiene nuestra

obesidad, como la derrota castiga nuestro orgullo, la fatiga el placer, y como el sueño nos descansa a su vez de la fatiga, así un acto excepcional de autofecundación viene en el momento oportuno a apretar el tornillo, a echar el freno, a hacer que vuelva a la norma la flor que se había salido demasiado de ella. Mis reflexiones habían seguido una pendiente que describiré más adelante y había sacado ya del aparente ardid de las flores una consecuencia sobre toda una parte inconsciente de la obra literaria, cuando vi a monsieur de Charlus que salía de casa de la marquesa. Sólo hacía unos minutos que había entrado. Quizá se había enterado por ella misma, o solamente por un criado, de la gran mejoría o más bien de la curación total de lo que no había sido más que un pasajero malestar. En aquel momento en que creía que nadie le miraba, monsieur de Charlus, los párpados cerrados contra el sol, había aflojado en su semblante aquella tensión, amortiguado aquella vitalidad ficticias que sostenían en él la animación de la charla y la fuerza de voluntad. Pálido como el mármol, gruesa la nariz, sus finos rasgos no recibían ya de una mirada enérgica un significado diferente que alterase la belleza de su modelo; ya no era más que un Guermantes, parecía ya su estatua, él, Palamède XV, en la capilla de Combray. Pero aquellos rasgos generales de toda una familia adquirían, sin embargo, en el rostro de monsieur de Charlus, una finura más espiritualizada, sobre todo más suave. Yo lamentaba por él que adulterara habitualmente con tantas violencias, con desagradables rarezas, cominerías, dureza, susceptibilidad y arrogancia, que escondiera bajo una brutalidad postiza la dulzura, la bondad que yo veía expandirse inocentemente en su rostro al salir de casa de madame de Villeparisis. Guiñando los ojos contra el sol, parecía casi sonreír, y yo encontraba en su rostro, visto

así, descansado y como al natural, algo tan afectuoso, tan inerme, que no pude menos de pensar que si monsieur de Charlus se diera cuenta de que le miraban le daría mucha rabia; pues aquel hombre tan entusiasta de la virilidad, aquel hombre que tanto presumía de virilidad, aquel hombre al que todo el mundo le parecía odiosamente afeminado, me hacía pensar de pronto en una mujer: hasta tal punto tenía pasajeraamente los rasgos, la expresión, la sonrisa de una mujer.

Iba a esconderme mejor para que no pudiera verme; pero no me dio tiempo, ni fue necesario. ¡Qué vi! Frente a frente, en aquel patio donde seguramente no se habían encontrado nunca (pues monsieur de Charlus no iba al hotel Guermantes más que por las tardes, a las horas en que Jupien estaba en el taller), el barón, que de pronto abrió mucho los ojos medio cerrados, miraba con atención suma al antiguo chalequero en el umbral de su tienda, mientras éste, súbitamente clavado en el sitio ante monsieur de Charlus, como si hubiera echado raíces, contemplaba maravillado la barriga del envejecido barón. Pero lo más curioso fue que, al cambiar la actitud de monsieur de Charlus, la de Jupien se puso inmediatamente a tono con ella, como obedeciendo a las leyes de un arte secreto. El barón, que intentaba ahora disimular la impresión sentida, pero que, a pesar de su afectada indiferencia, parecía alejarse de mala gana, iba, venía, miraba al vacío de la manera que él creía más favorable a la belleza de sus pupilas, tomaba un aire fatuo, desdeñoso, ridículo. Y Jupien, abandonando por su parte el aire humilde y bueno que yo le había conocido siempre, levantaba la cabeza —en perfecta simetría con el barón—, adoptaba un porte digno, apoyaba, con grotesca impertinencia el puño en la cadera, sacaba el trasero, tomaba pos-

turas con la coquetería que hubiera podido tener la orquídea ante el moscardón providencialmente aparecido. Yo no sabía que pudiera tener un aire tan antipático. Pero ignoraba también que fuera capaz de representar de improviso su papel en aquella especie de escena de dos mudos que, aunque fuera la primera vez que Jupien se encontraba en presencia de monsieur de Charlus, parecía ensayada durante mucho tiempo; no se llega espontáneamente a esta perfección más que cuando se encuentra en el extranjero a un compatriota, pues entonces el acoplamiento se produce solo, la interpretación es idéntica y la escena prevista, aunque los personajes no se hayan visto nunca.

Por lo demás, esta escena no era positivamente cómica, había en ella algo extraño, o, si se quiere, una naturalidad cuya belleza iba en aumento. Por más que monsieur de Charlus se esforzara en tomar un aire indiferente, en bajar distraídamente los párpados, de vez en cuando los alzaba y le echaba a Jupien una mirada atenta. Pero (seguramente porque pensaba que una escena como aquella no se podía prolongar indefinidamente en aquel lugar, bien por las razones que se comprenderán más adelante, bien por ese sentimiento de la brevedad de todas las cosas que mueve a que cada golpe dé en el blanco, y que hace tan emocionante el espectáculo de todo amor), cada vez que monsieur de Charlus miraba a Jupien se las arreglaba para que a su mirada acompañara una palabra, lo que la hacía sobremano diferente de las miradas habitualmente dirigidas a una persona a la que se conoce poco o nada; miraba a Jupien con esa especial fijeza de alguien que nos va a decir: «Perdone la indiscreción, pero lleva usted pegado a la espalda un hilo blanco», o bien: «Creo que no me equivoco: usted debe de ser también de Zurich, me parece que le he visto

muchas veces en la tienda de antigüedades». Una pregunta así parecía dirigir intensamente, cada dos minutos, la ojeada de monsieur de Charlus, como esas frases interrogativas de Beethoven, repetidas indefinidamente, a intervalos iguales, y destinadas con un lujo exagerado de preparaciones a dar paso a un nuevo motivo, a un cambio de tono, a una nueva salida a escena. Pero, precisamente, la belleza de las miradas de monsieur de Charlus y de Jupien estaba, por el contrario, en que, provisionalmente al menos, aquellas miradas no parecían destinadas a dar paso a nada. Aquella belleza era la primera vez que yo veía al barón y a Jupien manifestarla. En los ojos del uno y del otro se acababa de abrir el cielo, no ya de Zurich, sino de alguna ciudad oriental cuyo nombre no había yo adivinado aún. Fuere cual fuere el punto que pudiera retener a monsieur de Charlus y al chalequero, parecía que habían llegado a entenderse y que aquellas inútiles miradas no eran sino preludios rituales, algo así como las fiestas que se dan antes de una boda convenida. Más cerca todavía de la naturaleza –y la misma multiplicidad de las comparaciones es aún más natural, porque un mismo hombre, si se le mira durante unos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro, un hombre-pep, un hombre-insecto–, parecían dos pájaros, macho y hembra, intentando el macho avanzar, no respondiendo ya la hembra –Jupien– con ninguna señal a este manejo, pero mirando a su nuevo amigo sin extrañeza, con una fijeza atenta, considerada sin duda más turbadora y la única útil, desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos, y limitándose a alisarse las plumas. Finalmente, no pareció que la indiferencia de Jupien le bastara; de la seguridad de haber conquistado a hacerse perseguir y desear no había más que un paso, y Jupien, decidiéndose a

marcharse a su trabajo, tomó por la puerta cochera. Pero sólo después de volver dos o tres veces la cabeza salió a la calle, adonde el barón, temblando de perder la pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar un «adiós» al portero, que, medio borracho y atendiendo a unos invitados en la antecocina, ni siquiera le oyó), se lanzó muy de prisa a su alcance. En el mismo momento en que monsieur de Charlus cruzó la puerta silbando como un moscardón, otro, éste de verdad, entraba en el patio. ¿No sería el que la orquídea esperaba desde hacía tanto tiempo y que venía a traerle ese polen tan raro sin el cual continuaría virgen? Pero no seguía las maniobras del insecto, porque a los pocos minutos, Jupien, solicitando más mi atención (acaso para recoger un paquete que se llevó después y que, en la emoción que le produjo la aparición de monsieur de Charlus, había olvidado, o quizá sencillamente por una razón más natural), volvió, seguido del barón. El cual, decidido a cortar por lo sano, pidió fuego al chalequero, pero rectificó en seguida: «Le pido fuego, pero he olvidado los cigarros». Las leyes de la hospitalidad vencieron a las leyes de la coquetería. «Entre, se le dará todo lo que quiera», dijo el chalequero, en cuyo rostro la alegría sustituyó al desdén. La puerta de la tienda se cerró tras ellos y ya no pude oírles. Había perdido de vista al moscardón, y no sabía si era él el insecto que esperaba la orquídea, pero ya no dudaba que se diera, para un insecto tan raro y una flor cautiva, la posibilidad milagrosa de ayuntarse, cuando monsieur de Charlus (simple comparación para los azares providenciales, cualesquiera que sean, y sin la menor pretensión científica de identificar ciertas leyes de la botánica con lo que, muy mal llamado, se llama a veces homosexualidad), que, desde hacía años, no venía a aquella casa más que a las horas en que Jupien no

estaba en ella, había encontrado al chalequero y, con él, la buena suerte reservada a los hombres del tipo del barón por uno de esos seres que hasta pueden ser, como veremos, infinitamente más jóvenes que Jupien y más hermosos, el hombre predestinado para que a aquéllos les toque su parte de placer en este mundo: el hombre al que sólo le gustan los señores viejos.

Pero lo que aquí acabo de decir es lo que no iba a comprender sino pasados unos minutos: tanto se adhieren a la realidad esas propiedades de ser invisible, hasta que una circunstancia la despoja de ellas. En todo caso, yo estaba, por el momento, muy contrariado por no oír ya la conversación del antiguo chalequero y del barón. Entonces me fijé en la tienda que estaba para alquilar, separada de la de Jupien sólo por un tabique muy delgado. Para ir a ella, no tenía más que subir a nuestro piso, ir a la cocina, bajar la escalera de servicio hasta las bodegas, seguir las interiormente a todo lo largo del patio y, al llegar al lugar del sótano donde, hasta hacía unos meses, serraba el ebanista sus maderas, donde Jupien pensaba meter el carbón, subir los pocos escalones que conducían al interior de la tienda. Todo el camino lo haría así a cubierto, sin que nadie me viera. Era el medio más prudente. Pero no fue el que seguí, sino que, pegado a las paredes, di la vuelta al patio por fuera, procurando que no me vieran. No me vieron, y creo que gracias a la casualidad más bien que a mi prudencia. Y en el hecho de haber tomado un partido tan imprudente, cuando el camino por la bodega era tan seguro, veo yo tres razones posibles, suponiendo que haya alguna. En primer lugar mi impaciencia. Quizá más un oscuro recuerdo de la escena de Montjouvain, escondido frente a la ventana de mademoiselle Vinteuil. En realidad, estas cosas a las que asistí tuvieron siempre, en el

mismo escenario, el carácter más imprudente y el menos verosímil, como si revelaciones tales debieran ser la recompensa de un acto lleno de peligros, aunque clandestino en parte. En fin, apenas me atrevo, por su carácter de niñería, a declarar la tercera razón, que fue, estoy seguro, inconscientemente determinante. Desde que, para seguir –y ver cómo se desmentían– los principios militares de Saint-Loup, seguí con gran detalle la guerra de los Bóers, me había puesto a leer antiguos relatos de exploraciones, de viajes. Estos relatos me apasionaban y los aplicaba a la vida corriente para darme más valor. Cuando alguna crisis me obligaba a quedarme varios días y varias noches seguidas no sólo sin dormir, sino sin acostarme, sin beber y sin comer, en el momento en que el agotamiento y el sufrimiento llegaban a tal punto que perdía la esperanza de salir nunca de aquel trance, pensaba en algún viajero arrojado a la arena, envenenado con hierbas malsanas, tiritando de fiebre en sus ropas mojadas por el mar, y que, sin embargo, se sentía mejor al cabo de dos días, encontraba casualmente el camino en busca de habitantes, los que fueran, quizás antropófagos. Su ejemplo me tonificaba, me devolvía la esperanza y me avergonzaba de haber tenido un momento de desaliento. Pensando en los Bóers, que, frente a los ejércitos ingleses, no temían exponerse cuando, para llegar a una espesura, había que atravesar a campo raso, me decía: «Estaría bueno que fuera yo más pusilánime cuando el teatro de operaciones es solamente nuestro propio patio y cuando, yo que me he batido varias veces en duelo sin ningún miedo en el momento del asunto Dreyfus, la única espada que tengo que temer es la de la mirada de los vecinos que tienen más que hacer que mirar al patio».

Pero cuando llegué al taller, evitando hacer crujir el suelo, pues me daba cuenta de que el menor crujido en el de

Jupien se oía en el mío, pensé en lo imprudentes que habían sido Jupien y monsieur de Charlus y en lo bien que les había servido la suerte.

No me atrevía a moverme. El palafrenero de los Guerantes, sin duda aprovechando la ausencia de éstos, había llevado a la tienda en que yo me encontraba una escalera que había estado hasta entonces en la cochera. Y si hubiera subido por ella habría podido abrir el ventanillo y oír como si me encontrara en la casa misma de Jupien. Pero tenía miedo de hacer ruido. De todos modos hubiera sido inútil. Ni siquiera tuve que lamentar no haber llegado a mi taller hasta pasados unos minutos. Pues, por lo que oí al principio en el de Jupien, y que no fue más que sonidos inarticulados, supongo que pocas palabras se dijeron. Verdad es que aquellos sonidos eran tan violentos que, de no repetirse sucesivamente y cada vez una octava más alto en quejido paralelo, habría podido yo creer que una persona estaba degollando a otra muy cerca de mí y que, después, el homicida y su víctima resucitada tomaban un baño para borrar las huellas del crimen. Posteriormente llegué a la conclusión de que hay una cosa tan estrepitosa como el dolor, y es el placer, sobre todo cuando va acompañado –a falta del miedo a tener niños, y aquí no era el caso, a pesar del ejemplo poco probatorio de la leyenda dorada– de los cuidados inmediatos de limpieza. Por fin, pasada una media hora (durante la cual yo me había encaramado a paso de lobo en mi escalera para mirar por el ventanillo sin abrirlo), se inició una conversación. Jupien rechazaba enérgicamente el dinero que monsieur de Charlus quería darle.

A la media hora salió monsieur de Charlus.

–¿Por qué lleva la barbilla afeitada? –le dijo, zalamero, Jupien–. ¡Hace tan bien una hermosa barba!

–¡Quita allá, es una porquería! –replicó el barón.

Remoloneaba aún en el umbral de la puerta, preguntando a Jupien cosas sobre el barrio.

–¿No sabes nada del castañero de la esquina, no el de la izquierda, eso es un horror, sino del lado de los pares, un gran mozo muy moreno? Y el boticario de enfrente tiene un ciclista muy majo que lleva las medicinas.

Sin duda estas preguntas amoscaron a Jupien, pues, irguiéndose con la rabia de una gran coqueta traicionada, contestó:

–Ya veo que tiene un corazón de alcachofa.

Este reproche, proferido en un tono dolido, glacial y amenerado, debió de hacer mella en monsieur de Charlus, quien, para borrar la mala impresión que su curiosidad había producido, hizo a Jupien, en voz demasiado baja para que yo pudiera distinguir bien las palabras, una proposición que seguramente requería una prolongación de la estancia en la tienda y que halagó al chalequero lo bastante para borrar su disgusto, pues miró al barón a la cara, gruesa y congestionada bajo el pelo gris, con la expresión beatífica del amor propio profundamente halagado. Y, decidiéndose a conceder a monsieur de Charlus lo que acababa de pedirle, Jupien, previas unas palabras nada elegantes, como «¡tienes una bofetada!...», dijo al barón con gesto sonriente, emocionado, superior y agradecido:

–¡Bueno, está bien, chiquillote!

–Si vuelvo al conductor de tranvía –insistió con tenacidad monsieur de Charlus– es porque, aparte de todo, la cosa podría tener algún interés para la vuelta. A veces, como el califa que recorría Bagdad detrás de un simple mercader, sigo a alguna curiosa personilla cuya silueta me hace gracia.

Híce aquí la misma observación que había hecho sobre Bergotte. Si alguna vez tuviera que contestar ante un tribu-

nal, usaría, no las frases adecuadas para convencer a los jueces, sino esas frases bergottescas que su particular temperamento literario le sugería naturalmente y que gustaba de emplear. Análogamente, monsieur de Charlus usaba con el chalequero el mismo lenguaje que hubiera usado con la gente de su mundo y de su camarilla, exagerando hasta sus tics, bien porque la timidez contra la que se esforzaba en luchar le llevara a un excesivo orgullo, bien porque, impidiéndole dominarse (pues nos turbamos más ante quienes no son de nuestro medio), le obligara a descubrir, a poner al desnudo su naturaleza, que era en realidad orgullosa y un poco extravagante, como decía madame de Guermites.

–Para no perder su pista –continuó–, salto como un profesorcillo, como un médico joven y guapo, al mismo tranvía que la modesta persona, de la que hablamos en femenino para seguir la regla (como se dice de un príncipe: ¿Está satisfecha Su Alteza?). Si cambia de tranvía, yo tomo, quizá con los microbios de la peste, esa cosa increíble que se llama «correspondencia», un número, y que, aunque me lo entregan *a mí*, ¡no siempre es el número 1! Así cambio hasta tres o cuatro veces de «coche». A veces voy a parar a las once de la noche a la estación de Orléans, y tengo que volver. ¡Y si no fuera más que a la estación de Orléans!... Pero es que, por ejemplo, una vez no me fue posible trabar conversación antes y llegué hasta el mismo Orléans, en uno de esos horribles vagones en los que se nos ofrece como vista, entre triángulos de eso que llaman labor de malla, la fotografía de las principales obras maestras de la arquitectura de la red. No había más que un asiento libre; tenía enfrente de mí, como monumento histórico, una «vista» de la catedral de Orléans, que es la más fea de Francia, y me cansaba tanto mirarla, sin yo quererlo,

como si me hubieran obligado a mirar sus torres en la bola de vidrio de esos portaplumas ópticos que dan oftalmías. Me bajé en Aubrais al mismo tiempo que mi personilla, a la que, ¡cielos!, esperaba su familia en el andén (cuando yo le suponía todos los defectos menos el de tener una familia). No me quedó más consuelo, mientras esperaba el tren para volver a París, que la casa de Diana de Poitiers. Por mucho que encantara a uno de mis antepasados regios, yo hubiera preferido una belleza más viva. Por eso, para evitar el aburrimiento de volver solo, me gustaría conocer a un mozo de los coches cama, a un conductor de ómnibus. Pero no te choque —concluyó el barón—, todo esto es cuestión de clase. Tratándose de jóvenes del gran mundo, como dicen, yo no deseo ninguna posesión física, pero no me quedo tranquilo hasta que los he tocado, no quiero decir materialmente, sino tocado su cuerda sensible. Una vez que un joven, en vez de no contestar a mis cartas, no para de escribirme, que está a mi disposición moral, me quedo satisfecho, o más bien me quedaría satisfecho si no me agarrara en seguida la preocupación por otro. Es bastante curioso, ¿verdad? A propósito de jóvenes del gran mundo, ¿no conoces a alguno?

—No, hijo mío. ¡Ah, sí!, uno moreno muy alto, con monóculo, que está siempre riéndose y volviendo la cabeza.

—No veo quién puede ser.

Jupien completó el retrato, pero monsieur de Charlus no llegaba a encontrar de quién se trataba, porque ignoraba que el antiguo chalequero era uno de esos, más numerosos de lo que se cree, que no recuerdan el color del pelo de las personas a las que conocen poco.

Mas para mí, que estaba al tanto de este defecto de Jupien y que sustituía moreno por rubio, el retrato me pareció que correspondía exactamente al duque de Châtellerault.

–Volviendo a los jóvenes que no son del pueblo –reanudó el barón–, ahora me trae loco un hombrecillo extraño, un pequeño burgués inteligente, que me trata con una incivildad asombrosa. No tiene la menor idea del prodigioso personaje que soy yo y del microscópico microbio que él representa. Pero qué más da; ese borriquito puede rebuznar todo lo que quiera ante mi augusto manto de obispo.

–¡Obispo! –exclamó Jupien, que no había entendido nada de las últimas frases que acababa de pronunciar monsieur de Charlus, pero que se quedó estupefacto al oír la palabra obispo–. Pero eso no pega con la religión –añadió.

–Tengo tres papas en mi familia –replicó monsieur de Charlus– y el derecho de vestir manto rojo, por un título cardenalicio, pues la sobrina de mi tío abuelo el cardenal aportó a mi abuelo el título de duque que sustituyó a aquél. Ya veo que las metáforas te dejan sordo y la historia de Francia indiferente. Por lo demás –añadió, acaso más como advertencia que como conclusión–, esa atracción que ejercen sobre mí los jóvenes que me huyen, claro que por miedo, pues sólo el respeto les cierra la boca para gritarme que me aman, requiere que sean de rango social eminente. Y, además, su fingida indiferencia puede producir, a pesar de eso, un afecto diametralmente opuesto. Neciamente prolongada, me da asco. Para poner un ejemplo en una clase que te será familiar, cuando mi hotel estaba en obra, para que no tuvieran celos entre ellas las duquesas que se disputaban el honor de poder decir que me habían tenido en su casa, fui a pasar unos días al «hotel», como dicen. Yo conocía a uno de los camareros de piso. Le indiqué a un curioso «botones» que cerraba las portezuelas y que rechazó mis proposiciones. Exasperado, para demostrarle que mis intenciones eran puras, mandé a ofrecerle una cantidad ridículamente